

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como es natural, hablemos un poco de la nieve.

Ya nos ha abandonado, la blanca maga del Norte, cuya aparición causa aquí siempre sorpresa y hasta bien fundado pavor; pero estamos aún bajo el influjo de su prestigiosa vestidura de plata y de sus diabluras de hada maléfica — porque aquí lo ha sido, en toda verdad, teniéndonos cuatro días obsesionados por el temor de desdichas mucho mayores de un riguroso bloqueo.

Con motivo de la nieve, se han agitado aquí cuestiones de las cuales creo que la mayoría de los madrileños saben poco o nada. ¿Qué se hace en el extranjero cuando se cubre de nieve una gran capital, y la circulación se hace difícil, por no decir imposible? Confieso que yo, realmente, no tengo datos sobre la materia. He estado en París cuando había diariamente una cuarta de nieve en las calles; he visto barrenderos incesantemente consagrados a despejar esa nieve apenas caía, para evitar que se congelase; he visto grandes carros o *tombereaux* que se la llevaban no sé adónde; y esto es todo. Creo recordar que las brigadas trabajaban día y noche relevándose, porque si no se hiciera así, la nieve se endurecería, y no se podía dar tiempo a que tal sucediese. No me atrevo a afirmar que, así y todo, no hubiese roturas de brazos y piernas. Yo sufrí una caída, pero fué bajo techado, en la misma escalera de la Biblioteca Nacional, en la entrada de los lectores, que no es, como aquí, una fastuosa e insufrible escalinata de mármol, en la cual se cansa el cuerpo y se resbalan los pies, sino una antesalita baja, cómoda; pero yo llevaba nieve en los pies, y resbalé, sin que se me fracturase tibia ni húmero. Es decir que cuando nieva, por muchas precauciones que se tomen, pueden ocurrir accidentes; sólo que, precaviendo, son pocos, y, sin precauciones, muchos y muy alarmantes.

Las precauciones se deben adoptar desde que desciende el primer copo; y una nevada nunca debe coger desprevenido a nadie. Es un fenómeno que no se presenta todos los años, pero sí cada tres o cuatro, y vale la pena de prepararse y de asegurar, por los medios de transporte modernos, las subsistencias y los servicios fúnebres, y asimismo la limpieza de las calles y el tránsito, todo lo cual, pensado con la debida anticipación, puede evitar las graves complicaciones que surgieron amenazadoras en Madrid.

La mitad más uno de los disgustos proceden de no acordarse de Santa Bárbara sino cuando truena. La imprevisión: el gran vicio nacional... Y con la imprevisión, el aplazamiento. El aplazamiento, que fué la plaga de España, ya bajo Felipe II. «Se verá, se entenderá en ello...», era la respuesta del indeciso rey a las más urgentes solicitudes de hombres como D. Alonso de Bazán, y D. Juan de Austria...

En la mayor parte de los negocios públicos, a menos que los active un interés particular, rige este sistema: el aplazamiento, cuando no el total olvido de los asuntos de mayor cuenta. Sólo al echarse encima la necesidad, se piensa en ella; pero ya es tarde. Yo no increpo por tal concepto a determinado alcalde; todos hubiesen, de seguro, hecho lo mismo. Son cosas de nuestra idiosincrasia. Los profesionales de la Alcaldía, como el difunto D. Alberto Aguilera, se encontrarían, probablemente, tan desprevenidos como el novato vizconde de Eza. Rara vez he visto que viva prevenido nadie, en este país que está a salir del día, a resolver lo más urgente, a tapar un agujero abriendo otro.

Francia sufrió un gran desastre, por no estar prevenida... Nadie ha olvidado aún la famosa frase del Gobierno Olivier: «No nos falta ni un botón de polaina...» Y les faltaba todo: provisiones, armamento, mapas, forrajes... Consolémonos con este ejemplo, que va haciéndose viejo ya, de que nos hayan faltado camiones, furgones, gente y recursos, en los días tétricos y pintorescos en que la nieve nos envolvió con sus capas de armiño, y bordó los monumentos y el ramaje de los árboles, con sus agujas portentosas, de encajera belga, de Aracne sutil...

Porque el fenómeno es lindo, no cabe duda, y hay

en él una enorme poesía mientras no llega a ponerse en contacto con la tierra: mientras desciende por el aire, y no se mezcla con el fango. Todo ello da lugar a mil consideraciones alambicadas, y conocidas, que omito. Ya depositada donde se deposita cuanto cae, en virtud de la gravitación, he aquí que la nieve se convierte o en fango o en resbaladero horrible, peligro de la vida o al menos de cojera. Y a este riesgo se añade el de los enfriamientos, esos clásicos enfriamientos, terror de todos los que pasan de veinte años, en Madrid. Porque la capital de las Españas es la más fértil en esta cosecha. Es la ciudad que asusta a los cantantes, a los oradores sagrados y profanos, a todo el que necesita para su trabajo *donner de la voix*, como se dice en Francia. Apenas pisan las tablas del Real las divas y los divos, sienten eso que se llama *orgasmo*, esa contracción inexplicable que paraliza la garganta. No puede atribuirse al frío, porque más fríos son San Petersburgo y el mismo París, y no hay en ellos esta cantidad de enfermedades de las vías respiratorias. Es el duro viento de la sierra, que se ha escaldado, en verano, sobre los picachos escandecidos por el sol, y en invierno ha contraído la aspereza de las sierras calvas, algo de desgarrante, que le hace, no sutil como navaja barbera, sino raspo como serrucho. Y así, en Madrid, dondequiera que vayáis, oiréis el concertante de las toses y el coro de sonaduras más o menos estrepitosas. Y en ninguna parte como aquí se siente el miedo a las corrientes de aire, a las ventanas abiertas y de cuanto nos pone en relación con el exterior. Así como los pobres de Londres se defienden del frío con la sordidez de su ropa y persona, con la capa de suciedad que forma costra sobre su piel, dijérase que en Madrid la gente se resguarda del cierzo serrano con lo viciado del ambiente casero, en las habitaciones cerradas a piedra y lodo, ahogadas en alfombras, cortinones y camillas. El uso del ventilador, por ahora, se desconoce.

Así, hay ciertas enfermedades que han llegado a arraigarse en Madrid, creo que con mayor intensidad que en otras ciudades europeas. Verbigracia, la *grippe*.

No oís hablar de otra cosa, cuando los inviernos son algo fríos y duros. Epidemia de *grippe*; *grippe* fría, *grippe* con calentura, *grippe* que va desde el sencillo resfriado con dolor de huesos, hasta la fiebre mortal. Y por eso, en los días crueles, de temperaturas semipolares, vemos caer, como las hojas, a la «gente conocida». Claro es que en ello hay una ilusión de óptica; cuando se muere gente conocida, se muere lo mismo la desconocida, sólo que no nos damos cuenta sino de lo que por algún concepto nos importa. Lo demás, es como el agua que corre, sin dejar huella de su curso. Es la vida que pasa y se desvanece.

Gente conocida, ha sido mucha la que ha caído en el saco sin fondo... Una de las personas desaparecidas ha sido la excelente Duquesa de Nájera, aquella «Carolita» que un tiempo fué a la corte del zar a representar a España con fastuosa magnificencia; mujer que parecía llenar el proscenio del Teatro Real donde ostentaba sus joyas de sultana, sus *toilettes* de Vorth, sus grandes adornos de cabeza, de plumaje rico, y su animada figura, llena de cordialidad. Su palacio de la calle de Alcalá, que acaba de legar para un asilo de huérfanos, se abría frecuentemente para grandes saraos, de esos que se llaman de ancha base, que van escaseando, y que estaban en armonía con la magnitud de los edificios y de las fortunas: hoy, que todo el mundo se hace, no palacios espléndidos, sino «hotels-mons», y las fiestas se han reducido a agrupaciones de *cafés* o cotarros; pero en las viviendas grandiosas, los bailes serían fríos sin enorme concurrencia, y tal sucedía en los de la Duquesa de Nájera, brillantes, con una *buffet* sólido, verdadera cena, aun cuando la fiesta se celebrase por la tarde. La duquesa acogía a todos con cordialidad no afectada, propia de su carácter bondadoso y sencillo, que no habían podido alterar tantos años de vivir entre las mentiras sociales más adobadas, y tantas perfidias como bajo el trato social se descubren, «como entre flor y flor sierpe escondida».

Hasta hace pocos años, dos o tres a lo sumo, la Duquesa de Nájera fué adorno indispensable de los salones. Su belleza española se conservaba aún, algo alterada, pero no destruída, y contribuían a defenderla el encanto de la amable sonrisa, y el lucir de los bonitos ojos negros. De pronto, la retirada, el encierro, la desaparición. Minaba sin duda el organismo cruel enfermedad, que, de repente, se impuso, tiránica y destructora. No se volvió a ver a la Duquesa de Nájera. Al principio, se atribuyó al luto de viuda. Pero el plazo del luto expiró, y siguió enclaustrada la duquesa. El enorme, majestuoso palacio de la calle de Alcalá no iluminó ya nunca su amplio zaguán, sus ventanas múltiples. Permanecía a media luz, silencioso. Ni aun visitas de amistad se recibían

en él. Entraban los médicos, los enfermeros. Debíó de ser aquello un luchar no interrumpido con la muerte, que avanzaba, y avanzaba acompañada de terribles dolores, de sufrimientos sin límite. Sufrimientos tales, que la duquesa fué operada, extirpándosele un nervio, para intentar aliviar su cefalalgia, y hasta estaba resuelta a dejarse alzar la bóveda del cráneo para operación más decisiva, a la desesperada, que acabase con el suplicio. Da idea esta resolución de las torturas que experimentaría la infeliz dama, de lo que padeció aquella cabeza que tantas veces se irguió, cegadora de pedrerías y garzotas y airones, en el palco donde su silueta no podía faltar, en los días brillantes del regio coliseo.

Y por fin (cuando empezaba todo el mundo a olvidarse de la Duquesa de Nájera, pues como dijo la sabia Madre Teresa, deja al mundo, que él te dejará) un día se supo que había fallecido. La nieve caía a mullidos copos, sobre las casi desiertas calles. Era un problema el del transporte de los cadáveres a los cementerios; los caballos de los coches de las Funerarias resbalaban sobre el hielo; no había modo de prestar el servicio, y no se sabía cómo llevar a la Duquesa de Nájera, Condesa de Santamarca, a su último asilo. Por fin se acudió a colocar y amarrar el féretro en un automóvil de la casa, y trasladarlo así al cementerio, mientras no se interrumpía el pausado caer de la nieve...

El palacio, que hemos visto lleno de mundo, música y luz, permanecerá desierto, hasta que se resuelva si ha de ser allí donde se instale el Asilo que en sus disposiciones testamentarias deja la duquesa fundado. No tuvo hijos la duquesa, y repartió sus bienes con arreglo a sus cariños amistosos y a sus benéficas inclinaciones.

Y, con todas estas hazañas de la *grippe*, o de las enfermedades crónicas que la mala estación exacerbaba, el invierno transcurre sin alborozo mundano, sin fiestas en grande, con los bailecillos de los hoteles por todo recurso para la gente moza, y con la cuestión del «tango» sobre el tapete, guarnecida de los comentarios que en todas partes se oyen, y demuestran hasta qué punto ha entregado Dios el mundo a las disputas.

En efecto, mientras para la mayoría de los comentadores el tango es un baile lúbrico e incitativo y en el cual se realiza la pantomima más expresiva de las mayores picardihuelas, para algunos es un baile gracioso y típico, sin más malicia que otro cualquiera. Porque, como nadie ignora, el baile en general no está en olor de santidad para no pocos moralistas — y sin hablar del cuento terrible del P. Coloma, en que una jovencita, después de haber asistido a una fiesta en que ha danzado, tiene una visión en que cree haber ido pisando, al mover los pies para la danza, la sangre de Cristo —, recuérdese la opinión de Pereda acerca de todo baile en que el hombre y la mujer se enlazan, y la de tantos padres graves, escandalizados de cuanto a baile se asemeje.

De hecho, es curioso que la antigüedad pagana no conociese esta clase de bailes que se gastan en los modernos tiempos; estos bailes que son una especie de representación espiritualizada de los trámites del amor, y que permiten el diálogo más tierno entre personas que por un instante adoptan la actitud más apasionada; en suma la pantomima del ideal amoroso. Las antiguas danzas son o en rueda, agrarados de las manos sátiros y ninfas, silvanos y bantes, o guerreras, ejecutadas sólo por los varones de la tribu, o religiosas, como las de Yfator impercal y la de David ante el Arca; pero la danza de la pareja es cosa de nuestra edad, y su momento más bello ha sido el del romanticismo, con el poético vales alemán, lleno de ensueños y de fiebres.

El tango no será tan inmoral como dicen; pero seguramente es algo grotesco, al lado de un vals. Es una señal del nivel bajo de las costumbres, que han perdido su elegancia y su aire señorial. Todos esos pasos que llevan nombres de animales — del oso, del pavo, del faisán, de la mona, etc. — han de ser forzosamente danzas de caricatura, y lo son, faltándoles la graciosa euritmia de los bailes artísticos. El tango ha tenido que nacer, no en el ambiente reservado y delicado de un salón particular, sino en estos salones públicos, de no tan buen tono, de los hoteles, en que estilos muy ajenos al estilo social antiguo van predominando; la excentricidad de las civilizaciones fatigadas, hartas de oro y ansiosas de cualquier cosa que distraiga y cambie el curso de la tonta vida...

Y así, óyese hablar de honradas dueñas, que lo son sin dejar de bailar los pasos más atrevidos y zoológicos... porque los bailan con su marido... lo cual, salvo todo el respeto que esas señoras merecen, y yo me complazco en creer que será mucho, me parece... echarle guindilla al puchero.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.